

Terry  
McMillan

# CASI ME OLVIDO DE TI

Traducido del inglés por Miguel Marqués Muñoz

Título original: *I Almost Forgot About You*

This translation published by arrangement with Crown Publishers, an imprint of the Crown Publishing Group, a division of Penguin Random House LLC.

Diseño de colección: Estudio Pep Carrió

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Copyright © 2016 by Terry McMillan. All rights reserved.

© de la traducción: Miguel Marqués Muñoz, 2017

© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)  
Madrid, 2017

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

[www.AdNovelas.com](http://www.AdNovelas.com)

ISBN: 978-84-9104-695-0

Depósito legal: M. 2.957-2017

Printed in Spain

*Para mi hijo, Solomon*



Soñamos con tiempos que no existen ya y a  
ciegas huimos del que sí. Es que el presente,  
de ordinario, nos hiera.

BLAISE PASCAL, *Pensamientos* (47)

Los usos del pesar

*(Soñé este poema.)*

Una persona que amé  
me dio una caja llena de oscuridad.

Me llevó años entender  
que también aquello era un regalo.

MARY OLIVER



## ¿Se te acaba el tiempo?

---

Es otra emocionante noche de viernes y yo estoy acurrucada en la cama —sola, por supuesto— bajo un mar de almohadas. No me he quitado aún la bata de la clínica y llevo el ceñidor tan ajustado que estoy sudando bajo el vestido de seda malva, y me da igual. He tenido un día horrible, sin un solo descanso entre paciente y paciente, y estoy a apenas unos minutos de caer en coma. El caso es que me ha entrado hambre, así que aquí estoy, cambiando de canal y esperando a que llegue la pizza. Me detengo cuando doy con una serie que nunca me falla: *Ley y orden. Acción criminal*. Ya he visto casi todos los capítulos, incluso las reposiciones, pero no me importa. Últimamente, lo que hago es ver los primeros cinco o diez minutos, hasta que el detective Goren llega a la escena del crimen con su larga gabardina. Siempre hace lo mismo: inclina la cabeza a un lado mientras se calza los guantes de goma, se frota la barba de dos días que cubre ya ese hermoso mentón cuadrado y se inclina para estudiar el cadáver. Es en ese momento, antes de que pronuncie palabra, cuando habitualmente frunzo los labios, lanzo un beso al aire y cambio de canal. He tenido fantasías húmedas con el detective Goren y he anhelado que me aprieten contra unos hombros como los suyos desde mucho antes de que terminase mi segundo matrimonio.

He de confesar que en otro tiempo me dio por enamorarme todos los miércoles de los labios de Gary Dourdan, el actor que encarna a Warrick Brown de *CSI*. Y, además, aunque nunca fui *trekkie*, la voz de barítono y la sonrisa astuta de Avery Brooks me obligaron en otra época a asentir en voz alta ante la televisión. Además, me dejo seducir durante horas en la oscuridad de los cines, hipnotizada por los ojos soñadores de Benicio del Toro (aunque haga de criminal). Por el gesto fanfarrón de Denzel en la piel de un gánster de maneras impecables. Por un joven Brad haciendo de atractivo ladrón. Por Ken Watanabe en la piel de un sensual samurái a caballo por el que me dejaría raptar encantada (me imaginaba como una *geisha* negra, torturándolo hasta por fin entregarme a él sin medida).

Odio reconocerlo, pero si me quedaran fuerzas, mataría por acostarme con el primer tipo que entrase en mi dormitorio esta misma noche. Dejaría que me hiciese lo que quisiera. Llevo siglos sin meterme en la cama con un hombre de verdad. Ni siquiera estoy segura de que supiera qué hacer si alguna vez vuelvo a tener esa suerte. De hecho, creo que me sentiría incómodísima. Me daría miedo que me tocasen en cualquier lado; por no hablar de que me vieran desnuda. Por esto es por lo que duermo con el mando a distancia al lado, joder.

Suena el timbre y echo un vistazo a los jirones de nubes azules que flotan en el interior del despertador que tengo sobre la mesita. La pizza ha tardado cuarenta minutos: eso quiere decir que me dan una gratis. Ruedo por la cama para salir por mi lado (el otro lleva años vacío) y bajo al piso de abajo al grito de «¡voy!». Saco la billetera del bolso y me apresuro a abrir la puerta. Estoy muerta de hambre. Bueno, en realidad, no. Tengo un poco, sin más. Estoy intentando dejar de mentirme a mí misma sobre estas cosas sin importancia. En las importantes aún estoy trabajando.

Abro la puerta y ante mí aparece un sudoroso chaval negro que no tendrá más de dieciocho años. Su cabeza parece un globito bordado de brillantes bucles negros; conozco bien ese peinado: proyectos de rastas. Motean sus mejillas espini-llas recién salidas. Lleva una chapa prendida en el pecho con su nombre: «Free»<sup>1</sup>.

—Siento el retraso, señora. Ha habido un accidente al principio de la calle que sube hasta aquí y no se podía pasar. Este pedido lo paga la casa.

El chico tiene un aspecto triste. Me pregunto si le quitarán lo que ha costado la pizza de su escueta nómina, pero no me atrevo a indagar.

—No me importa pagarla —respondo—. No es culpa tuya si ha habido un accidente.

Cojo la pizza y la coloco al pie de la escalera metálica.

—Muchas gracias por el detalle, pero no pasa nada. Por mí, todo bien. Esta es mi última entrega de la noche —contesta él, inclinándose hacia un lado y mirando por detrás de mi espalda, aunque trata de disimular—. Qué casa tan chula. Nunca había visto un suelo amarillo. Está muy «guapo».

—Gracias —le digo, alargándole un billete de veinte dólares.

Me mira sin saber qué decir.

—Señora, ya le he dicho, esta pizza la paga la casa. Además, he traído algunos cupones de bebidas —replica él, sacándolos del bolsillo de su camisa roja.

—Lo que te he dado es propina —insisto—. ¿Free es tu nombre de verdad?

—Sí, señora.

—¿Te gusta?

—Está bien. Me preguntan todo el tiempo por él.

---

<sup>1</sup> En inglés, «Libertad». (*N. del T.*)

—Y ¿qué edad tienes, Free?

—Dieciocho. —El chico no deja de mirar el billete de veinte y, tras un momento, se lo mete a toda prisa en el bolsillo trasero del vaquero, por si vuelvo a mis cabales y cambio de opinión.

—¿Vas a la universidad? —Espero que diga que sí y que está estudiando literatura para que se dé cuenta de que no es muy elegante decir que un suelo «está “guapo”».

—Todavía no. Por eso estoy trabajando. ¿De verdad quiere que me quede con los veinte dólares?

Asentí.

—¿Sabes ya qué quieres estudiar?

—Ingeniería Mecánica —responde sin titubeos.

—Qué bien.

—¿Su marido es rico?

—¿Qué te hace pensar que tengo marido y que es rico?

—Toda la gente que vive por aquí arriba en las colinas es rica. Hasta las dos «bolleras» de la puerta de al lado. Y están casadas.

—Esas chicas no solo son mis vecinas, también son amigas mías. Y son lesbianas, no «bolleras».

—Vale, vale. Lo siento —se disculpa, levantando las manos como diciendo «No dispare»—. No quería insultarlas.

—Ya, ya sé. Bueno, yo estoy divorciada. Y no soy rica. Pero no me va mal, la verdad.

—Lo desplumó entonces, ¿eh?

—No.

Fue en ese momento cuando me echó una larga mirada de pies a cabeza.

—¿Es usted médica o algo así?

—Sí, soy optometrista —respondo, echándome un ojo yo misma a la bata.

—¿Eso de qué va?

—Echo una mano a la gente que no ve del todo bien —explico, para no complicarme demasiado.

—¿Y a usted quién le echa la mano? —pregunta el chico con una sonrisa que me descoloca totalmente. Menuda pregunta capciosa para una mujer que podría ser su abuela—. Es broma. No le quería faltar al respeto.

—No te preocupes, Free.

¿Quién me echa una mano a mí? ¿Para hacer qué, a ver?

—Guay. Bueno, mire, tengo que darme prisa porque tengo que devolverle el coche a mi primo, pero gracias enormes por la megapropina. La verdad es que mola que me lo haya dado una negra. Casi ningún blanco del barrio da propinas, salvo las lesbianas esas.

Lo que acaba de decir es un poco racista y también sexista, pero sé que lo hace sin mala intención. El chico corre hasta la acera y se sube a un coche destartalado, quita el cartel de la pizzería del techo y enfila la cuesta abajo. Yo me apoyo en el marco de la puerta y miro cómo se aleja. Debería haberlo felicitado por estar trabajando para pagarse los estudios y, si no hubiera llevado tanta prisa, me habría encantado decirle que quizá en la universidad encuentre lo que busca, y que quizá no. También le habría dicho que, en ese caso, no deje nunca de buscar. De lo contrario, terminará haciendo algo que se le dé bien, un trabajo respetable que le garantice unos ingresos decentes, sin más. Pero un día, cuando sea mayor, digamos, cincuenta y tres para cincuenta y cuatro, cuando sus hijos hayan crecido, y se haya divorciado dos veces, y esté harto de su trabajo y de su vida, la sola idea de cambiarlo todo —o siquiera de casa— le resultará aterradora, porque pensará que es demasiado tarde. Le diría que, de ser así, tendrá que inventarse la manera de darle la vuelta a su mundo. Le diría que yo soy el ejemplo perfecto de lo que te puede pasar si no lo haces.

Apago la luz del porche, cierro la puerta y no me explico el porqué de esta repentina avalancha de pensamientos. Camino sobre los fríos suelos de hormigón amarillo y me siento en la fría escalera metálica, contemplo la luz que centellea entre las suaves ondas azul marino de la fría piscina de fondo negro y miro el altillo en el que antes dormían mis hijas y la habitación de la planta baja donde ahora está la biblioteca y duermen los invitados. Me quedo ahí sentada y me como la pizza margarita sin dejar un trozo.

Me arrepiento tanto de todo.

Los lunes por la mañana son los peores días, por eso he salido un poco antes. Sigue habiendo mucho tráfico en la autopista, pero estoy acostumbrada. Bajo un poco la ventanilla, aunque no debe de hacer más de diez grados. La humedad que escala desde la bahía no empaña la claridad de la mañana. Cientos de coches descienden lentamente por la autopista haciendo una curva. Nos espera como una postal gigantesca el puente de la Bahía. En el horizonte se perfila San Francisco. Vivo en un sitio hermoso.

Pero entonces, como suele ocurrir al menos una vez a la semana, el tráfico se detiene en seco de repente. Ahí adelante vislumbro el motivo: han chocado cuatro coches y el accidente bloquea dos de los cinco carriles. Todo el mundo trata de hacerse a un lado para dejar pasar a las ambulancias y a los camiones de bomberos cuyas sirenas se oyen ya. Rezo por que no haya ningún herido. Bajo la ventanilla del todo y pongo el coche en punto muerto. Algunos han apagado los motores. Yo dejo el mío encendido y me dispongo a llamar a la oficina.

Suena mi móvil y sé quién es incluso antes de mirar la pantalla.

—Buenos días, *miss Early*<sup>2</sup> —saludo a mi madre, porque es muy temprano pero también porque su nombre es Earlene.

—Buenos días tenga usted, señorita Georgia.

Por supuesto, yo nunca fui ni podría haber sido ninguna señorita Georgia, porque nací en Bakersfield, California, donde aún vive mi madre. A mí me pusieron Georgia por mi difunto padre, que se llamaba George. No pasa un día sin que alguien me pregunte si yo soy del estado de Georgia. En la universidad empecé a mentir y a decir a todo el mundo que sí: de Macon, Georgia. Pero entonces todo el mundo quería saber por qué no tenía acento.

—¿Qué puedo hacer por usted, señora? ¿Cómo estás?

—Probablemente, más sana que tú. Veamos, te llamo por dos cosas. Me voy a un crucero para mayores con la gente de la iglesia.

—Qué bien —repongo, intentando no reírme. No puedo evitar pensar en el desmadre que se va a organizar en ese barco.

—¿«Qué bien»? ¿Eso es todo?

—Me hace mucha ilusión por ti, mamá. Sé que vas a una de esas iglesias enormes, pero ¿hay suficientes jubilados en la congregación como para llenar un crucero entero?

—Pues claro que no. Van al crucero los feligreses de diez iglesias, no vamos a ser el único grupo de la tercera edad.

Tiene ochenta y uno. Pronto cumplirá ochenta y dos.

—¿Adónde vais? Y ¿cuándo?

—Zarpamos en quince días. ¡El crucero son diez días enteritos! Vamos a cuatro o cinco islas del Caribe, ahora mismo no me acuerdo de todas. Una es Gran Caimán.

—Eso son muchas islas, mamá. Pero, bueno, suena a que lo vas a pasar de miedo. Te va a venir bien.

---

<sup>2</sup> *Early* significa «temprano» en inglés y es también diminutivo del nombre propio Earlene. (*N del T.*)

—Estoy de acuerdo. Todavía echo de menos a tu hermano y a tu padre y en esta urbanización estoy muy sola. A decir verdad, me estoy cansando de ir a la iglesia a hacer vida social. Para rezar en casa no tengo que arreglarme. De todos modos, mientras juego a las tragaperras en el barco, voy a rezar mucho —dice, riéndose.

—Oye, mamá, ¿qué era lo otro que me querías decir? Estoy en un atasco, pero parece que ya empezamos a movernos.

—Bueno, sabes que ya casi me toca la revisión anual de la vista, y justo me coincide con el crucero.

—Mamá, se puede cambiar.

—Ya lo sé. Espero que podamos ir a la revisión después de las vacaciones. A menos que tú creas que debo hacérmela antes de irme.

—Mamá, no tienes que hacerte la revisión todos los años el mismo día. A tu edad basta con que te la hagas más o menos en la misma época del año.

—Georgia, todavía no estoy senil.

—Sobre eso no voy a hacer ningún comentario. Un momento, ¿has dicho «espero que *podamos* ir»? ¿Con quién vas? Por favor, no me digas que con Dolly.

—Bueno, ya sabes que no es muy seguro que yo conduzca tanto tiempo sola. Me va a llevar ella.

¿Por qué a mí, Señor? Dolly es mi prima segunda. Es mayor que yo, la quiero, pero no me cae muy bien, porque tiene bastante mal carácter y nunca dice nada agradable de nadie, y menos de mí. Lo sé porque los cotilleos se propagan rápido en el seno familiar. Mi prima Dolly se ha convencido a sí misma de que yo me creo no sé quién porque fui a la universidad y vivo en una casa bonita con piscina. Tengo algunos parientes que no podrían faltar en mi vida, pero Dolly no encabeza precisamente esa lista.

—Los niños quieren venir también. No te han visto en años y les está costando encontrar trabajo.

Los niños tienen más de treinta años. Llevan años sin verme y también sin trabajar. La última vez que vinieron se fumaron un porro en el baño y trataron de acabarse la mitad de las botellas de mi minibar.

—He empezado ya a remodelar la casa. No tengo sitio para alojarlos —miento.

—Ya era hora. A ver si le quitas un poco de color. Es de lo más hortera.

—Tengo que colgar, mamá. Te quiero.

Normalmente, le mando un sonoro beso, pero acaba de herir mis sentimientos, así que esta vez me lo guardo.

Paso por delante de los altos ventanales de la clínica y Marina, nuestra recepcionista japonesa de metro ochenta y cinco, me saluda con la mano. Está al teléfono, sentada tras el largo mostrador de madera de arce de la recepción. En los cuatro años que lleva trabajando con nosotros no ha habido ni un solo día que no haya vestido de negro, uñas incluidas. Desde la entrada solo se alcanza a ver sus hombros. Ella levanta el pulgar despacio para darme a entender que está todo bien. En realidad, no estaba preocupada por llegar tarde, pero no me gusta incomodar a los pacientes. La situación, no obstante, suele ser la inversa.

A diferencia de mi casa, la clínica transmite serenidad. Las paredes están pintadas de gris claro y de un cálido tono amarillo, y una de ellas es blanca por completo. A mi madre le gusta. Nueve sillas son blancas y hay otra amarilla. Tenemos también cuatro mesas rectangulares de color violeta distribuidas por la sala en las que hacemos las pruebas de gafas con los pacientes. Las paredes están repletas de monturas y gafas de sol para satisfacer casi cualquier gusto y bolsillo.

Una de mis pacientes favoritas, que también resulta, sin embargo, de las más cargantes, es Mona Kwon. Me está espe-

rando. Se levanta y se apresura a abrir del todo la puerta entornada de la consulta. «¡Gracias, Mona!», le digo, y sigo adelante en dirección a Marina. Mona se sienta en *su* silla, la que está junto a la puerta. Si está ocupada por otro paciente, prefiere quedarse de pie. Pronto cumplirá setenta y cinco. Lo único que necesita son unas buenas gafas de leer, pero afirma que no se ve bien las uñas de la mano. Viene para que le ajuste las dioptrías al menos dos veces al mes: tiene cuarenta pares de lentes, y suma y sigue. Los técnicos piensan que debe de sufrir demencia; yo creo que, simplemente, se siente sola. Además, no le gusta que los técnicos le ajusten las monturas; insiste en que lo haga yo. Después de sacar la montura de la arena caliente —para que el material quede maleable— y colocarse las patillas tras las orejas, Mona se mira en el espejo durante minutos y yo la miro a ella, hasta que queda convencida de que se parece a quien se quiera parecer, sea quien sea.

—Buenos días, aunque ya falta poco para mediodía... —saludo a Marina. Digo hola también a otros tres pacientes que esperan a Lily, mi compañera, que no llegará hasta las once. Lily sale demasiado y, aunque bajo la bata blanca va vestida como una auténtica devorahombres, y sus tacones no bajan nunca del palmo, es una optometrista endiabladamente buena.

—¿Cuál es el parte? —pregunto a Marina.

—Solo ha perdido una cita y la he reprogramado.

—Muchas gracias. ¿Hay alguien dentro ahora? —pregunto sin mirar la agenda de citas.

—Una paciente nueva. No quiero sonar cursi, pero es una chica muy negra y muy guapa. Se llama Cleo, de apellido Strawberry. ¿Mola, no? Tenemos que dar gracias a nuestra amada florista por la referencia. La chica solo quiere unas lentillas nuevas y la señora Kwon ha dejado muy claro que no le importa esperar. ¿Quiere un café largo de Peet's?

—Un café no me va a ser de mucha ayuda. Pero gracias, Marina.

Marina me entrega las citas del día y el dossier de la paciente. ¿Strawberry, en serio? Enfilo el pasillo de la consulta, agarro al vuelo una bata limpia del armario, me la coloco por encima de mi aburrido vestido azul, me esterilizo las manos con solución desinfectante. Leo las citas del día por encima, dejo atrás dos puertas y toco a la de mi consulta suavemente. Oigo una enérgica voz: «¡Adelante!». Basta para que me sienta mejor. Marina tiene razón: parece una princesa de ébano. La chica tendrá unos veintitantos. Cierra la revista de diseño y arquitectura que está hojeando, como un niño al que hubieran sorprendido haciendo algo prohibido. Alarga el brazo para dejarla sobre la mesa del instrumental, pero se da cuenta en el último momento de que ese no es el lugar. Con una sonrisa, le tiendo la mano y se la recojo. Ella levanta la mirada y me devuelve la sonrisa.

—Buenos días, señorita Strawberry. Soy la doctora Young. Siento haber llegado tarde.

—Buenos días, doctora. Probablemente, venía justo delante de usted por la autopista, porque he llegado hace quince minutos. No tiene que disculparse, doctora Young. Recemos por que no haya habido ningún herido grave.

—Espero que no. Parece que tenemos que dar gracias a Noelle por que te hablase de nosotros. Sus arreglos florales son auténticas esculturas. Cuando nos hace algún regalo, no sabemos nunca qué esperar. Bueno, entonces..., ¿su apellido es Strawberry? No es muy habitual.

—No, es verdad. Por eso me gusta.

—Hace siglos, en la universidad, tuve un buen amigo que también se apellidaba así.

—¿Dónde estudió usted?

—En la Universidad de California, aquí en San Francisco.

—¡En ese campus también estudió mi padre!

—Yo me gradué en el 76.

—¡Mi padre es de la quinta del 75! Raymond. Raymond Strawberry.

No puedo creer lo que acaba de decir. Ray Strawberry y yo siempre nos tuvimos por amigos íntimos con «derechos». Pero nada más, porque su novia estaba en Harvard y él estaba locamente enamorado de ella. A mí no me atraía en un primer momento. Ray y yo nos dejábamos la piel estudiando y nos sentíamos solos y, de vez en cuando, necesitábamos aliviarnos, así que hicimos un pacto: nos acostaríamos juntos, sin compromiso, cada vez que nos apeteciera. Al principio fue una vez a la semana, pero luego empezamos a vernos dos veces a la semana y, después, cada vez que podíamos robar media hora de tiempo a cualquier otro plan. Todo iba bien hasta que su novia volvió por las vacaciones de primavera y yo me di cuenta de que sentía celos. Sin haberme siquiera percatado, me había enamorado de él.

—¡No puedo creer que seas su hija! Perdimos un poco el contacto cuando se marchó a Yale. Ray se tomó muy en serio sus planes de convertirse en cirujano. ¿Lo consiguió? ¿Ejerce aquí en San Francisco? ¿Cómo está? Me encantaría poder saludarlo. Vaya, qué pequeño es el mundo.

—Pues, verá... Mi padre murió. —Vuelvo a colocar con suavidad el oftalmoscopio en la bandeja del instrumental. No importa que no haya visto a Ray ni pensado mucho en él todos estos años. No puedo creer que su hija esté ahora mismo sentada en la silla de mi consulta diciéndome que el primer hombre del que me enamoré está muerto—. Fue hace cinco años —añade, acariciándose con índice y pulgar la gruesa nariz—. Un choque en la autopista, seis coches. Por culpa de un ciervo.

Joder.

—Lo siento mucho. Siento mucho oír esto.

Joder.

Cojo un clínex para mí e *ipso facto* otro para ella. Le hago la prueba, le mido la visión y le dilato las pupilas en completo silencio. Ella empieza a contarme la historia de su padre, pero, de repente, se detiene. Intuye algo. Termino las pruebas, le receto unas lentillas nuevas, le digo que ha sido un gran placer conocerla, que seguramente verá borroso durante unas horas y que debe evitar la luz solar directa. Al salir, me da un abrazo como despidiéndose. Sé que jamás volverá.

Me siento melancólica el resto del día. No me apetece conducir en plena hora punta ni volver a casa. Camino seis manzanas, hasta Fisherman's Wharf y el resto de muelles. Son las seis en punto, pero ya casi es de noche y desde la bahía sube un aire que da escalofríos. No importa el calor que haga en San Francisco por el día; cuando oscurece, la temperatura cae siempre al menos diez o doce grados. Por eso llevo puesta mi gabardina de forro con una bufanda de lana liada cuatro o cinco veces alrededor del cuello, y las manos metidas en los bolsillos. Giro a la izquierda en el Embarcadero y casi me choco con una vagabunda que está parada en mitad de la acera. Va envuelta en una raída manta verde. Lleva la cara sucia y tiene un pelo de color indefinido. Abro el monedero y saco un billete que resulta ser de veinte. Se lo coloco en la lata y sigo mi camino. Pero no me siento generosa.

No tengo ningún destino en mente. Estoy intentando asimilar el hecho de que ha muerto alguien a quien en un tiempo estuve muy unida. Una persona a la que amé. No parece importar que hayan pasado treinta años desde la última vez que lo vi, ni que no recuerde la última vez que pensé en él. Lo que me entristece tanto es que nunca llegó a saber cuánto lo quería.

Cruzo la calle y entro en un restaurante con hora feliz. Un apuesto camarero me pregunta si voy a cenar y le contesto

que no estoy segura. Me invita a elegir mesa y señalo la terraza. Le sigo y, por suerte, me sienta debajo de una de esas estufas enormes. Casi todas las mesas están llenas de ejecutivos que trabajan en el vecindario. El mar parece negro y las olas son altas y gruesas. Los trasbordadores para Sausalito, Tiburón y Larkspur se cruzan en la bahía, justo por delante de Alcatraz. Las colinas de Oakland y Berkeley centellean al otro lado y, a la izquierda, el Golden Gate luce su color rojo aun en la oscuridad de la noche, a través de la ligera neblina. Me quito el abrigo. En lugar de vino blanco, pido un capuchino.

Debería haberle dicho a Ray que lo quería antes de graduarnos. Debería haber corrido el riesgo de descubrir que él no me quería a mí. Pero ¿y si sí? Llega mi café, sorbo la espuma y limpio el borde de la taza con el dedo índice. Escucho las olas restallar contra el muelle y me pregunto dónde estarán el resto de hombres a los que alguna vez amé. ¿Qué será de ellos? ¿Qué estarán haciendo? ¿Cómo serán sus vidas? ¿Serán felices? ¿Estarán vivos? He hecho un trabajo bastante concienzudo para apartarlos de mi memoria y ahora me pregunto si ellos me habrán borrado también a mí.

Me he enamorado al menos cinco o seis veces, quizá siete. En dos ocasiones me casé. Tres de esos amores arrancaron a todo gas, pero al final se nos rompió el cigüeñal. Los otros dos nacieron muertos. Estas cifras no incluyen los hombres con los que solo me metí en la cama. Ese número es mucho mayor.

Con los años me quedó claro que a veces te enamoras solo para darte cuenta al final de que esa persona ni siquiera te gusta. A mí Ray sí me gustaba antes de que me enamorase de él. Lo respetaba. Y él me respetaba a mí, definitivamente. Era un hombre íntegro. Sincero. Hablábamos sobre cualquier cosa, sin límites. Él, además, sabía escuchar. Yo no tenía que fingir ser más de lo que era y no me veía obligada a esforzar-

me por impresionarlo. Yo le gustaba como era, y por eso no nos andábamos con tonterías. De hecho, podría decir que él fue el primer hombre del que fui amiga. Cuando terminó la universidad, se marchó a Yale y desapareció de mi radar.

El tiempo que pasé conociéndolo me hizo mejor persona, pero nunca tuve la oportunidad de decírselo. Creo que me gustaría hacer saber a los demás lo que gané por amarlos, quizá también por odiarlos. Ahora mismo no sé exactamente en qué consistió esa ganancia, porque jamás he reflexionado sobre ello. Lo que sí sé es que mis parejas han ocupado casi treinta y cinco años de mi vida adulta. Eso es mucho tiempo. Hoy día salta a la vista que la manera en que nos educan condiciona enormemente el tipo de persona que seremos más tarde. También lo hace a quién amamos.

Quiero encontrarlos.

Quiero que sepan que hubo un tiempo en que fueron importantes para mí.

Quiero que sepan lo que me dieron.

Quiero descubrir lo que yo les di.

Quiero saber por qué me quisieron.

Quiero entender por qué nos dejamos de querer.

Quiero descubrir por qué dejamos de importarnos.

Quiero descubrir por qué nos hicimos daño.

Quiero pedir disculpas.

Quiero explicarme.

Quiero perdonarlos.

Quiero saber si ellos me han perdonado.

Quiero averiguar por qué es tan difícil perdonar.

Quiero que sepan que no los olvidé y que simplemente en este momento de mi vida me he puesto a recordar.

Más que nada, lo que realmente quiero saber es si siguen vivos, si están sanos, si son felices y si han prosperado y se han convertido en los hombres —las personas— que habían

querido ser. Espero que sí. Y doy las gracias a Raymond Strawberry por ayudarme a darme cuenta de todo esto.

De camino a casa no encuentro tráfico. Me siento distinta. Más ligera. Más limpia. Como si me hubieran cerrado un carril para mí sola y estuviera a punto de entrar en él. Cuando somos jóvenes, pensamos que la juventud durará para siempre. La vida se nos antoja una larga fiesta, una consecución de emociones. Sabíamos entonces que podríamos superar cualquier desengaño, cualquier decepción y cualquier fracaso en un abrir y cerrar de ojos, porque tendríamos cientos si no miles de oportunidades para arreglar las cosas. Sabíamos entonces que el éxito, la felicidad y el amor estaban a la vuelta de la esquina. No nos preocupaba el futuro. Nos preocupaba cuándo volveríamos a acostarnos con alguien.

Ahora nos estiramos atravesadas en la cama cuando no tenemos sueño o porque, simplemente, estamos cansadas de nuestro estilo de vida, o de «no vida». Cualquiera dirá que no podemos quejarnos, pero el éxito y la buena calificación de solvencia en tu banco jamás te harán sentir querido. Ni te provocarán un orgasmo. Tiras la bolsa de basura y te preguntas de qué te estás deshaciendo realmente. Te peinas y te pones maquillaje y algo bonito de ropa, y te pintas las uñas de las manos y de los pies de un rosa encendido —aunque tú misma no te sientas precisamente en llamas— y te preguntas si alguien se fijará en ellas. Te afeitas las piernas y las axilas y te haces la cera en el entrecejo y te preguntas si alguien se dará cuenta. Y entonces, un día, sin saber por qué, dejas de hacerte preguntas y empiezas a preocuparte por que la mayor parte de tu vida queda ya a tus espaldas. ¿Así va ser para siempre jamás? ¿Es esto todo lo que me queda?

«Dios, espero que no», te dices.

El viernes por la noche decido no ayudar al detective Goren a resolver su caso de asesinato. Que le den por culo. De hecho, ni siquiera enciendo la televisión. Me doy un baño de espuma. Me afeito las piernas y las axilas. Me hago una mascarilla de barro. Me depilo las cejas. Me pongo un cómodo pijama de algodón rosa que había doblado muy cuidadosamente la semana anterior. Sigue oliendo a recién lavado. Me quedo dormida antes de las diez.

El sábado decido no ir ni a Costco ni a Home Depot ni a Target ni al supermercado. No necesito nada.

Me voy al cine.

Compro una entrada para ver *Conocerás al hombre de tus sueños* sin caer en la cuenta de que es de Woody Allen. Como siempre, una historia ingeniosa y divertida en la que no aparece ni una sola persona de color. De todos modos, consigo reírme.

Termina la película. Salgo a la calle de nuevo y busco un restaurante agradable para comer: crema de calabaza *butter-nut* y ensalada César.

Cuando regreso a casa, decido volver a leer *El alquimista*.  
Oh. Qué noche.

El domingo por la mañana, a las siete en punto, envío un mensaje de texto a Wanda: «Nos vemos en el embalse. Yo llegaré sobre las ocho».

Me responde: «¡Bieeen! ¡Te veo allí!».

Wanda es mi animadora personal. Le preocupa que su mejor amiga se convierta en una vieja solterona, y por eso ella se ha coronado como reina de la nostalgia y no deja de recordarme cuando éramos las dos unos pibones y los hombres cogían número para hablar con nosotras. (Mi número hoy es el ochenta, pero de kilos.) Ella lleva treinta y dos años felizmente casada con Nelson. Eligieron no tener hijos y jamás se ha disculpado por ello. «Tres es multitud», me dijo al poco de

su boda en Maui. Wanda es mi mejor amiga desde los tiempos de la universidad. Y, aunque es bastante cabezota y muchas veces no tiene razón y saca los pies del tiesto, tengo que quererla. Ella se mantiene siempre firme en sus opiniones y se las arregla para sacarme de quicio como mínimo una vez por semana. Es la hermana que nunca tuve. Finge vivir del golf, pero todavía no ha ganado ni un centavo con ello, aunque tampoco le hace falta. Wanda es también la única persona negra de alta cuna que conozco, y supongo que por eso es miembro de tantas asociaciones benéficas. Todas las semanas acude a alguna cena tediosa en honor a alguna gran persona; Nelson, al principio, se buscaba cualquier pretexto, pero al final reconoció que no quería ir y punto. Él es contable y dedica la mayor parte del tiempo a leer novelas de espías y a ver reposiciones de *Star Trek* en la tele. Wanda aprovecha sus cenas de gala para arreglarse. Por alguna razón patológica, es una cutre y tiene el gusto en el culo. No se compra ropa a menos que esté rebajada. La mayor parte de su tiempo libre se lo pasa de *outlets*.

Una noche, comiendo pizza, Wanda decidió que quería estudiar Psicología, una de las razones, quizá, por las que no encuentra trabajo. En cualquier caso, ha disfrutado el no tener que trabajar y está enganchada a unos cuantos pasatiempos de señora mayor. Uno de ellos es hacer álbumes de fotos y recortes. Como no han tenido hijos, los álbumes están plagados de fotos de todos los perros que ella y Nelson han rescatado de la perrera a lo largo de los años y que ya han dejado este mundo. (Es un poco siniestro.) También le gusta el punto de cruz: horribles bordados decoran toda su casa. Tres chihuahuas ruidosos y temblones, recién comprados, duermen sobre cualquier bordado que les quede al alcance. Yo no soy capaz de sentarme delante de ella a ver cómo borda sin necesitar ponerme una copa cuanto antes. No entiendo la fi-

nalidad del punto de cruz: las imágenes que aparecen en los bordados nunca son interesantes. De hecho, la mayoría me parecen fantasmagóricas, deprimentes. Pero, en fin, es mi *best friend forever* —como mi hija pequeña, Frankie, me recuerda que debo llamarlas a ella y a nuestra amiga común Violet—, así que le miento y le digo que me encantan. Además, todas las Navidades me regala uno, llueva, truene o relampaguee. Los cuelgo en la pared para no herir sus sentimientos, aunque en zonas de poco paso.

Dicen que no hay que contar a nadie lo que piensas hacer, sino lo que ya has hecho. Yo no estoy de acuerdo, porque la intención también es importante. Además, por lo general, me ha costado mucho trabajo mantener la boca cerrada. Siempre me pasa igual: muero por contar lo que a mí me parecen buenas noticias.

Conduzco por la carretera de acceso al embalse, flanqueada por robles y pinos gigantes. Parece un bosque encantado. Llego a la cima, donde se encuentra el aparcamiento, y me topo con la enorme masa de agua azul. El bosque de tonos verdes y dorados se extiende sobre las colinas circundantes. Veo a Wanda estirando en un banco del parque. Aparco. Otro coche entra en el aparcamiento: compruebo desolada que es Violet, acompañada de Velvet. ¿Por qué no me ha dicho Wanda que Violet traía a su hija? Saludo con la mano, sonrío y salgo del coche. Al garete mis planes. ¿Cómo voy a tener una conversación adulta con mis amigas con una rapera al lado?

Antes de que se me ocurra nada para arreglarlo, Velvet sale del Range Rover de su madre de un salto, corre hasta mi coche, abre mi puerta y me da un gran abrazo.

—¡Hola, tita! Hoy me ha apetecido acompañaros.

—¡Hace mucho que no te veo! —exclamo con todo el entusiasmo de que soy capaz. La muchacha corre hasta Wanda

y la abraza también. De tal palo, tal astilla. Viste unas ajustadas mallas color naranja y un top blanco más ajustado todavía. Lleva el pelo arracimado en mil trenzas rubias que le llegan por debajo de los hombros. Corre de vuelta al todo terreno de su madre y sube de nuevo.

Wanda se gira, saluda con la mano, se vuelve hacia mí y se encoge de hombros. Noto que tampoco a ella le hace mucha gracia ver a Velvet. Velvet habla sin parar, como su madre, pero, además, lo hace a grito pelado.

Violet es mi otra gran amiga de la universidad. La quiero como a una hermana, pero no me vuelve loca su modo de vida. Es muy lista y, a la vez, tonta de remate. Me pone de los nervios, pero no soy capaz de pedirle el divorcio. No me deja. Nos hemos pasado meses sin hablar, pero al final ella siempre llama. O cedo y la llamo yo. Es la más joven de nueve hermanos y, al parecer, tenía mucho que demostrar, porque es muy competitiva y odia perder. Su mente y su físico encajan bastante bien y se ha convertido en una exitosa abogada especializada en deportistas profesionales, aunque yo me sigo preguntando cómo consiguió colegiarse. En sus buenos tiempos, Violet probablemente se acostó con la mitad de la NBA, la NFL y la liga de béisbol, a la caza de jugadores a los que representar. Echó el freno por fin cuando su lista de clientes empezó a menguar porque se corrió el rumor de que era una zorra por derecho, lo cual, sin embargo, no le impidió seguir vistiendo como tal. Después de tres hijos, y a sus cincuenta y cuatro años de vida, sigue teniendo el cuerpo de una mujer de treinta y seis.

Violet se casó consigo misma. Nunca creyó en la institución, aunque sí en la cohabitación. Durante los últimos cinco o seis años ha sido lo que ella llama un «agente libre», aunque Wanda y yo estamos convencidas de que su hija Velvet la coarta un poco. A sus veinticinco, Velvet está todavía buscan-

do una universidad que le guste (y que la corresponda). Ambas quisiéramos saber por qué la hija sigue viviendo sin pagar alquiler y le pregunta a su madre en todas las comidas si quiere patatas fritas como guarnición. Violet trata a su hija como si fuera una amiga. Nos parece una estupidez que debata con ella cosas de las que esta no tiene ni idea. Violet tiene, además, dos hijos, uno vive con su padre en Toronto y el otro juega al baloncesto en España. Ninguno la visita nunca, y Wanda y yo sabemos por qué. Violet no fue una gran madre.

Como siempre, Violet viene hablando por el móvil. Levanta el dedo índice pidiéndonos un segundo. Le envió un mensaje de texto a Wanda: «Voy a llamarte en un segundo. Cógelo, pero no me mires».

Marco su número y finjo coger una llamada entrante. Pongo cara de «me alegro de hablar contigo». «Había planeado durante el paseo contarte que estoy planteándome seriamente vender mi casa y mi parte de la clínica e intentar cambiar de trabajo en un futuro próximo, aunque no necesariamente en ese orden, y, Wanda, acabo de enterarme de que Ray Strawberry murió hace cinco años. Me he quedado hecha polvo y, aunque parezca una locura, he decidido tratar de localizar a todos los hombres a los que he querido para hacerles saber que me hace feliz haberlos conocido y haberme enamorado de ellos. Quiero saber también si están vivos, si les va bien. Sé que la cosa tiene lo suyo, pero ahora que Violet ha traído a *miss* Yo lo Valgo, no vamos a poder hablar en serio, así que voy a colgar y ya te contaré otro día.» Termino la llamada, salgo del coche y sonrío como si me acabaran de dar la mejor noticia del mundo.

Violet y yo nos dirigimos a buen paso hacia donde se encuentra Wanda. No me puedo creer que lleve esos pantalones de chándal marrones y esa chaqueta beis. Debe de estar deprimida o algo así, pero no se le nota, porque también lleva

puestas unas Ray-Ban. «Hola, hola, chicas. Después de calentar, voy a correr por el sendero de arriba una media hora con Velvet y luego os veremos en el de abajo para los últimos veinte minutos, ¿vale?»

—¡Estupendo! —dice Wanda, intentando no sonar demasiado aliviada. Ella y yo no corremos.

Estiramos las tres un poco y Wanda nos observa apoyada contra la barandilla del embalse, en el que ya navega gente en patines de pedales, barcas de remos e incluso kayaks. Es un momento Kodak, desde luego. Para mi sorpresa, Wanda me dedica una sonrisa, como si yo acabara de actuar en la obra de teatro del colegio y lo hubiera hecho muy bien. A continuación, da una palmada al aire y se encasqueta su visera blanca. Por supuesto, lleva uno de los cinco conjuntos deportivos sin marca, idénticos entre sí, que compró el año pasado en una tienda de descuento. El de hoy es verde menta. Me gusta.

Violet y Velvet nos dicen adiós y se alejan trotando hacia el sendero de tierra que sube colina arriba desde el camino asfaltado por el que nosotras vamos a caminar. Desaparecen en cuestión de segundos, y en ese momento Wanda se acerca para abrazarme.

—Yo soy de tu equipo, ya lo sabes —dice.

—Ya lo sé, pero vamos a calentar primero.

—Cuando quieras. Soy toda oídos.

Caminamos en silencio los primeros diez minutos. Hay gente que corre y unos cuantos señores mayores pasean en silla de ruedas. Los saludamos. Los que pueden devuelven una sonrisa. Hay mucha gente con perro que se detiene aquí y allí y luego continúa. Los ciclistas pasan zumbando a nuestro lado por el carril bici. Casi todo el mundo nos desea buenos días o nos saluda: «Hola, cómo están» o «Qué buen día, ¿eh?» o «¡A cuidarse!». Cuando por fin alcanzamos el peque-

ño embarcadero, a nuestra izquierda, sabemos que hemos superado la primera cuesta. Caminamos ahora despacio por terreno llano hasta recuperar el aliento, unos minutos después.

—Bueno... —empiezo a decir.

—Espera, Georgia. Tengo que preguntarte algo primero.

—Claro, adelante.

—¿Qué es lo que te ha empujado a tomar esta decisión?

—A veces sabes para tus adentros que es hora de hacer un cambio, pero, cuanto más tiempo piensas en ello, más tarda el cambio en llegar. Si es que llega. Me he cansado de pensar y ya está. Y ahora déjame hacerte una pregunta yo a ti.

—Pregunta.

—Tú estás feliz con tu vida, ¿verdad? —Wanda asiente—. Pues verás, yo no lo estoy. Estoy aburrida. Y puesto que mi vida es la única cosa sobre la que tengo cierto control, quiero empezar a cambiarla un poco.

—Sigue contando.

—¿Tú te arrepientes de cosas?

—Todas nos arrepentimos de cosas, Georgia.

—Bueno, pues yo creo que me arrepiento de demasiadas. Me hago mayor, Wanda. Todas nos hacemos mayores. No viejas, pero sí mayores. En cierto modo, tenemos que ser sinceras con nosotras mismas y hacer lo que nos emociona en lugar de lo que queda bien. Creo que por lo contrario terminé siendo optometrista. Se me daban bien las ciencias y quería impresionar a mi padre y demostrarle que era inteligente, porque él era médico. El caso es que seguí demostrándolo para luego darme cuenta de que a él le daba igual lo que hiciera mientras fuese feliz. Así que aquí estoy, trabajando en algo que en realidad no me gusta, y, aunque hay algunas cosas que me encanta hacer en mi tiempo libre, me pregunto si no será demasiado tarde para descubrir si se me dan bien de

verdad o no. Pero el caso es que lo voy a averiguar, a Dios pongo por testigo.

—¡Vaya, por fin! Esta es la Georgia que echaba de menos.

—Bueno, a ver. No nos emocionemos. Esto no es *Aladdín*. Poco a poco. Primero hay que soñar y luego meterse en el sueño. Hay que seguir caminando.

Por supuesto, si pudiera empezar de nuevo, habría probado con la decoración o el diseño. Estoy convencida de que mi padre habría puesto el grito en el cielo si le hubiese dicho: «Estoy pensando en estudiar interiorismo, porque algún día me encantaría decorar casas y convertirlas en lugares hermosos y únicos». ¡Ja! Es como decir a tus padres que quieres ser escritora y vas a estudiar Escritura Creativa. En ese tiempo yo no tenía ni idea de que los muebles los diseñaba gente corriente. Pensaba que había que tener un don o algo así. Yo no sé dibujar, pero siempre he tenido buenas ideas y se me da bien combinar colores y texturas.

En mis años de universidad me dio por pintar cosas y me di cuenta de que me gustaba mucho. Aprendí a hacer que las cosas viejas pareciesen nuevas. Compré en un mercadillo un futón usado que venía con una silla a juego. Me sirvieron para rellenar mi diminuto apartamento. El vendedor quiso regalarme los cojines, pero me negué porque estaban mugrientos. Compré relleno y una tapicería chillona y me hice mis propios cojines. Y, entonces, olvidé lo que significaba la belleza.

Tras quince minutos, Wanda observa finalmente:

—Una cosa sí te voy a decir. Vender tu casa es la mejor idea que has tenido en los últimos años.

—¿Por qué?

—Porque no la necesitas. Ya has criado a tus hijos. Que les den al césped y a los macizos de flores. Que le den al garaje de dos plazas. Cómprate un ático, que te dé una vista nueva

sobre todas las cosas. Así tus familiares tendrán que buscarse un hotel cuando vengan a verte.

—No sé si me gustaría vivir en un apartamento, Wanda. Pero lo cierto es que necesito un sitio nuevo. No voy a colgar el cartel de «Se vende» la semana que viene, en cualquier caso.

—Ya lo sé, cariño. ¡Pero es que todo esto es la leche de emocionante! Y, con respecto a lo de dejar la clínica, a mí me parece bien. Siempre he pensado que era un trabajo bastante aburrido que no te da muchas satisfacciones reales. Por no decir que estar mirando todo el santo día los ojos de la gente resulta un poco repulsivo. Nunca pensé que fuera para ti.

—¿Y por qué no lo dijiste nunca?

—Porque es lo mismo que los padres que dicen a sus hijos con quién no deben casarse. Tenemos que darnos cuenta por nosotras mismas de en qué nos hemos equivocado. A unas nos lleva más tiempo que a otras. Tienes que encontrar algo más creativo. Tienes que hacerme unos cuantos cojines más de aquellos, joder. Eran preciosos. La gente me lo sigue diciendo.

—Bueno, no tengo intención de desempolvar la Singer a corto plazo, pero la semana pasada entré en una tienda de muebles medio desmontados, en plan cleptómana, y me llevé un taburete alto de madera con el que pienso hacer algún truco de magia. No me preguntes cuál todavía.

—¿Y qué vas a hacer con él?

Dejo escapar una carcajada.

Unas Navidades nos pusimos de acuerdo para hacernos regalos entre nosotras y Violet me regaló a mí un arreglo de flores secas al que se le olvidó quitarle el precio, y Wanda, cómo no, un bordado de punto de cruz. Yo saqué mi vieja máquina de coser y les hice a ella y a Violet unas fundas de almohada de seda. La cosa es que cogí carrerilla, me emocioné y me dediqué

a hacer fundas de almohada para toda la gente de la oficina y también para algunos pacientes. Por supuesto, Mona Kwon quería que le vendiese cuatro, a lo que me negué. Se las terminé regalando. Hasta que se averió la máquina de coser y adiós a la fiebre Martha Stewart. Hoy día solo sería capaz de bordar cuadrados y rectángulos.

Hacemos una curva en silencio, hasta que el camino vuelve a enderezarse.

—Y ¿cómo te enteraste de lo de Ray?

Se lo cuento. Y añado todas las razones por las que he decidido buscar a esos hombres.

—Mientras no intentes pasarte de lista y reavivar antiguas llamas que ardieron hace siglos...

—Por favor. ¿Es que no me conoces? Sé perfectamente que no se puede volver atrás.

—Yo no estoy segura de si sería capaz de hacer algo así, pero, oye, por este tipo de cosas la gente termina en el diván del psiquiatra. Para tomar perspectiva y por ese viejo cliché de cerrar asuntos. Además, ¿qué tienes que perder? Ay, joder, estoy viendo a Velvet bajar por el camino. Yo creo que no deberías hablar de esto a Violet porque lo va a entender todo mal, así que cuéntamelo rápido: ¿quién va a ser el primero?

—Creo que debería empezar por Abraham.

—Sí, espero que empieces por él.